

tendríamos alguna razón? ¡Que se vayan! Que estén en su casa, ó que vayan á predicar á otras partes dichas virtudes generosas: vosotros ¡oh lectores! no seais nunca necios hasta el punto de admitirlas y reconocerlas. Rechazad prontamente la máxima inicua de que *todas las religiones son buenas*, aunque se os presente delante disfrazada con la máscara de la *caridad*.

CAPITULO VII.

Indiferencia religiosa.

I. Qué culpa se comete con la indiferencia práctica.—II. En dónde reside con más frecuencia.

Los dos axiomas combatidos en el capítulo anterior tienden á establecer un principio práctico, esto es, la indiferencia en religion: refutados aquellos, queda cerrado el camino tambien para ésta. Sin embargo, como la indiferencia práctica es sin duda la llaga que más aflige á la moderna sociedad, será muy útil ocuparse en ella más directamente.

¿Qué cosa es la *indiferencia práctica en religion*? Miradla bajo el aspecto que gustéis, y siempre resultará una monstruosidad especial. El aspecto bajo el que gusta de darse á conocer es el filosófico; el indiferente quisiera presentarse como un hombre superior á los demás y guiado por una razon más iluminada que la vulgar. Ahora bien. La indiferencia en filosofía no es más que un absurdo, porque la religion, además de ser una suma de obsequios y de afectos hácia el Señor, es tambien la revelacion de una série de verdades relativas á Dios y á nosotros, á la vida presente y á la futura, á los verdaderos bienes y á los verdaderos males de la una y de la otra. Ahora bien: ¿qué significa ser indiferente en religion? Significa no cuidarse de las verdades más nobles en sí mismas, y más necesarias para el hombre. La sola duda en punto á estas verdades es la muerte de una inteligencia que salga un poco de la esfera comun, así como el no cuidarse de ellas tiene algo de estúpido y de brutal. Es preciso, para llegar á tal situacion, haber quedado sin seso y desconocido la materia hasta el punto de no haber alcanzado nunca ni lo grave de tal ignorancia, ni la trascendencia de to-

das las verdades referidas. Es preciso decirse prácticamente á sí propio que no importa nada saber con seguridad si tenemos un alma inmortal, ó si somos como las bestias; si un Dios se hizo nuestro maestro ó bien si nuestra guía única ha de ser nuestra débil razon. Si nada debemos temer para el porvenir, ó si lo hemos de temer todo. Si es verdad que seremos un dia consortes de los ángeles del cielo, ó que volveremos á la nada de que fuimos creados; y así sucesivamente de todas las cuestiones más sublimes que se refieren á la humanidad no ménos que á la Divinidad. Si un hombre, pues, no curándose de todo esto, puede merecer el nombre y la alabanza de filósofo y de amante de la ciencia, ¡adiós para siempre filosofía!

La indiferencia en religion, no sólo es un absurdo, por lo que hace á la filosofía, sino tambien con respecto al sentido comun. No es necesario ser filósofo para alcanzar que nadie puede ser indiferente en una cosa de la cual depende un gran interés suyo cualquiera. Un jefe de casa indiferente para un pleito del cual dependa el sustento de su familia; un general indiferente para un hecho de armas del cual pende el éxito de una campaña; un príncipe indiferente para un suceso que lo puede mantener en el sòlio ó destronarlo, séres son que salen de lo comun de la humana naturaleza, y que pertenecen á un género de estupidez desconocida. Mas un indiferente en religion es bastante peor, porque lo es para bienes de importancia más verdadera que los referidos, si es verdad, como es certísimo, que la religion se refiere por un concepto al hombre y á Dios por otro, confinando por una parte con el tiempo, y con la eternidad por la otra. Hé aquí por qué, aunque fuese incierto todo lo que se dice de la religion, y estuviera sólo muy ligeramente fundado, el buen sentido requeriria que se hiciesen investigaciones minuciosas, diligentes, profundas, constantes, hasta llegar completamente á lo verdadero y á lo exacto. ¿Qué se dirá, por tanto, de la estupidez del que no cuida de ella, estando, segun el testimonio de los más claros entendimientos del mundo,

establecida tan sólidamente? El absurdo, como todos ven, no puede ser mayor, y cede sólo al delito que revela.

Porque la religion, no sólo es un bien del hombre (notadlo, lectores), sino además, y principalmente, un derecho de Dios. Si la religion no nos produjera bienes de ningun género; si no fuese la confortacion de la vida presente y la beatitud de la futura, y si sólo fuera para el hombre un sacrificio muy penoso, aún entónces no se podria prescindir de ella, y constituiria un deber altísimo, porque Dios tiene derecho á exigirla. Miéntas sea el autor del hombre y de la sociedad, ordenador del uno y de la otra, Señor supremo y absoluto; miéntas se le reconozcan los atributos de omnipotencia, justicia, sabiduría, verdad, santidad y bondad infinitas, estaremos obligados á obsequiarlo, reconocerlo, propiciarle, invocarlo, darle gracias y adorarlo. Cada uno de sus títulos es un vínculo indisoluble que con El nos estrecha y que nos obliga á la religion hácia El. Por esto ser indiferente para Dios y sus derechos es decirle con el lenguaje de las obras que no consideramos muy importante dirigirnos á El para honrarle, ó volverle las espaldas: y que casi es tan indiferente presentarle actos de los que agradece, manda ó acepta, como de los que desaprueba y rechaza.

Notareis más sensiblemente el exceso trasportando el caso á lo que pasa en el mundo. Imaginad un marido que diga á su esposa que le es indiferente vivir con ella ó con una mujer cualquiera; imaginad un hijo que diga á su padre que le respeta lo mismo que respetaria á cualquier otro; imaginad un súbdito que diga que para él lo mismo es obedecer á príncipe que á un enemigo de éste: toda esta indiferencia, ¿os pareceria culpa leve? ¡Cómo! ¡Un padre igualado en el amor á un extraño! ¡Un príncipe á su rival! ¡Una esposa á una prostituta! Ahora bien: vosotros, con vuestra indiferencia religiosa, obráis infinitamente peor, porque concedéis el mismo afecto á la Iglesia, esposa inmaculada de Cristo, que á la sinagoga de Satanás; otorgais la

propia estimacion á las doctrinas vergonzosas de Lutero, de Calvino, de Zuinglio y de no sé cuántos otros sectarios, que á las de los Apóstoles, Patriarcas y Profetas; meteis en un mismo fardo las prácticas sacrosantas de la Iglesia católica y las invenciones humanas de una cabeza delirante, y decid, en fin, con vuestra conducta que todo os es indiferente y que todo es para vosotros lo mismo. ¿No es un delito del cual nunca se llega á tocar el fondo?

Hubo quien observó que en esta desgraciada indiferencia se contiene una total negacion del Cristianismo y una plena apostasía de Jesucristo: podia tambien añadir que se contiene un ateismo práctico. La negacion total del Cristianismo es notoria. Quien cree que todas las religiones son buenas, no puede creer que existe una revelacion, ó que, si existe, importe conocerla, y mucho ménos obrar segun ella: de otra manera, no podria ser indiferente. Un soldado que dijese que para él lo mismo era ir al campo de batalla que continuar bajo las tiendas, mostraria claramente que, ó no habia recibido órdenes del capitan, ó que no se consideraba obligado á cumplirlas. Igualmente, para poder decir que tanto importa la práctica de un culto como la de otro, es necesario estar persuadido de que, ó Jesucristo no ha dado ninguna orden á este propósito, ó de que sus órdenes no nos ligan. Ahora bien: esta persuasion equivale precisamente á renegar de la fé cristiana, y es un acto absoluto de apostasía, por excluir completamente la verdad de la revelacion.

Además, decia, es un ateismo práctico. ¿Cómo no? Quien juzga igualmente buenas todas las religiones, no puede creer que haya una divina, ni adoptar su ejercicio como se debe, ni vencer las dificultades que se hallan al practicarla. Apenas se consigue cumplir con ella, cuando nuestro entendimiento está convencido de su verdad, y de que sin ella no puede lograrse la salvacion: tales son los obstáculos que oponen las humanas pasiones, las ocupaciones de la vida, y nuestra debilidad; considérese ahora si una inteligencia sin convencimien-

to y un corazon sin afecto saldrán bien nunca en una obra de tal trabajo. Creerlo es engañarse voluntariamente.

Si fuese preciso un desengaño último, podriase recurrir á la experiencia, la cual demostraria con toda su luz que un verdadero indiferente no practica en realidad religion de ninguna especie. No el protestantismo, porque áun para practicar aquel esbozo de religion es indispensable alguna confianza de poseer entónces la verdad. Realmente se observa que, áun entre ellos, los que todavía conservan alguna práctica positiva son los que, fundándose de algun modo en la autoridad, más distantes están de creer buenas todas las religiones. No practica el Catolicismo, porque, como ántes manifestamos, el principio de la indiferencia lo niega claramente. Queda, pues, que prácticamente vive sin culto de ningun género.

Hé aquí la última consecuencia de lo dicho. La indiferencia es aquel mónstruo raro que vive sobre la tierra como si no hubiese Divinidad. Habiendo un dia oido cierto célebre teólogo que uno que estaba cerca de su persona gloriábase de ser ateo, se paró delante de él, procurando examinarle con sus ojos una y muchas veces, desde la cabeza hasta los piés. Admirado aquel impío de ser tan diligentemente observado, preguntó al teólogo qué hallaba en él de nuevo, que tanto llamaba su atencion: «No habia nunca encontrado, respondió, aquella fiera que llaman *ateo*: quiero saciarme esta vez para siempre.» Ahora bien: si es un mónstruo tan extraño el que no cree que Dios existe, ¿qué mónstruo será el que, creyendo en su existencia, no le reconoce, sin embargo, ni le adora, ni le presta obsequio de ningun linaje?

Y ésta es, sin embargo, la condicion del indiferente. Puede definirse un sér que no tiene comercio con el cielo; un sér para el cual Dios es como si no fuese; un sér que recibe gracias continuamente y no siente gratitud de ninguna clase. Tiene un entendimiento, y no se dirige nunca al que se lo ha dado; posee un corazon que no palpita jamás para

el que se lo ha hecho. Se le conserva la vida, y no conoce la mano que lo rige; ofende con mil enormidades al Señor, y nunca tiene un suspiro de arrepentimiento hácia El.

A un ateo que en una noble conversacion se vanagloriaba con ciertas señoras de ser el único en aquel palacio que no creía en Dios, la dueña, ofendida por una impudencia tan desvergonzada, respondió que en su casa habia tambien otros que se hallaban en el mismo caso. «¿Y quiénes son?—Mis perros y mis caballos, replicó prontamente; sólo que aquellos pobres animales, si tienen la desventura de no conocer á Dios, tienen el buen sentido de no jactarse de ello.» Respuesta sábia, pero respuesta poco dura para un indiferente; porque se alcanza de algun modo que no honre á Dios aquel que no le reconoce; pero ¿dónde se hallará quien se jacte completamente de que no le honra á pesar de reconocerlo? No hay otro lugar que el infierno, ni otro sér que el demonio.

Con todo esto, como si no bastase tanta impiedad, añade la befa al insulto; porque, sin embargo de no tener más religion que la de un espíritu réprobo, quiere pasar á los ojos de los sencillos como un hombre de juicio y de ingenio, que ha visto más allá en hecho de religion que los mismos hombres eclesiásticos, y que no obra como la generalidad de los hombres, por requerirlo la filosofía y la verdad. Era llevado á la sepultura uno que habia vivido locamente: hombre injusto, rapaz y lascivo; el escándalo de todo su país. Antes de morir habia querido, sin embargo, que le vistiesen y enterrasen con hábito religioso, y así se hizo. Un buen hombre que nada sabía de su muerte, y que se halló por casualidad con su cadáver miéntras lo llevaban á enterrar, «¿quién ha muerto?» preguntó á los presentes, acercándose al féretro. Viendo al tal con aquel traje: «¡Oh, mirad! dijo: ¡qué bien se ha disfrazado! Pero está tranquilo, porque Dios te reconocerá sin embargo del disfraz.» Decid ahora vosotros lo mismo de los indiferentes. Aunque finjan filosofía, alteza de pensamientos, religion al

alcance de los tiempos, y todo cuanto quieran, no esconderán por esto á Dios su ateismo.

Sólo para que no se oculte tampoco á vosotros, lectores, y para que podais detestarle y guardaros de él, os bosquejaré aquí, en pocas líneas, la imagen del indiferente, señalándoos tambien *dónde anida generalmente.*

El indiferente en religion es aquel que, bajo pretexto de filosofía, no hace más caso del Catolicismo que del protestantismo, ni del protestantismo más que del judaismo, ni del judaismo más que del budhismo; sabe (se alaba de ello) *respetar* al braçman, y al mahometano y al *sandwigués* lo mismo que al cristiano y al católico.

El indiferente en religion es aquel que, mirando abajo desde el trono de su grandeza y desde el trípode de su sabiduría, compadece la locura de los católicos, que son, segun dice, *demasiado exclusivos*, porque no saben acoger, como él lo hace, en su propio corazon, todas las religiones, desde el Cristianismo hasta el ateismo.

El indiferente en religion es aquel que nunca practica ningun culto. Va á Misa, si la conveniencia lo conduce; no va si puede dejar de ir. Habla de religion con respeto, si la índole de las personas con las cuales trata lo requiere; blasfema como un turco si se halla con otros para los cuales sea honorable la blasfemia. Empero, haga lo que haga, nunca se encuentra empeñado con el corazon en lo que hace.

El indiferente en religion es un sér que, en contradiccion con lo que dice, tiene al Catolicismo un ódio tan profundo, que aún cuando lo quiera ocultar, nunca lo consigue. Si se promueve cualquier controversia entre el sacerdocio y el imperio, se llena completamente de desden, y halla en seguida que el clero tiene la culpa, que los Obispos pretenden demasiado, que el Papa es un usurpador, y que la Iglesia no conoce su mision. Si se habla de cosas eclesiásticas, todo le disgusta y todo despierta su cólera. No puede oír nombrar los templos, las funciones, los frailes, las monjas, sin tedio, y

sin dirigir contra ellos sus sátiras y sus blasfemias.

El indiferente en religion es un hombre que así como tiene sus aversiones, tiene tambien sus simpatías; mas éstas son todas para los herejes y para los incrédulos. Entre los católicos no encuentra nada bueno, mas encuentra que es oro de veinticuatro quilates todo lo que sucede en los países protestantes. «En Inglaterra, exclama... ¡ah, en Inglaterra...! ¡oh, en Inglaterra! ¡uh, en Inglaterra...!» ó bien, de diez años á esta parte, «¡Oh, la Alemania! ¡ih, la Alemania! ¡Aquellas leyes, aquellas costumbres, aquella civilizacion...! ¡Así como entre nosotros todo es andrajos é inmundicia, allí están en acto las ocho bienaventuranzas!» Lo mismo que por las cosas, tiene simpatías por las personas. Para él no existen grandes hombres fuera de los *despreocupados* en religion. Encuentra grandes todos los enemigos de la Iglesia, grandísimos los filósofos del siglo pasado, superlativos nuestros modernos leguleyos; y aunque hayan aplicado el fuego á las cuatro partes del mundo, con tal que atormentáran un poco á la Iglesia santa, son héroes á sus ojos.

II. Esta es, poco más ó ménos, la índole y la naturaleza intrínseca del indiferente. Si quereis saber ahora dónde se anida, os responderé primeramente que los hay en todas partes, en aquellos países que están á la *altura* de los tiempos; pero que viven sobre todo en algunos sitios más favorables para ellos.

Hállanse muchos en las Universidades modernas, tanto en los bancos como en las cátedras: de allí comienzan á descender tambien á determinados colegios ó liceos nacionales, donde los maestros dictan exprofeso lecciones de indiferencia religiosa, ó para mendigar el aplauso de cuatro mozalbetes sueltan de cuando en cuando alguna rociada para condimento de la leccion; y donde aquellos mismos mozalbetes, para demostrar que han salido de tutela, se vanaglorian de no creer en nada.

Anidan á veces entre las *Pandectas* y el *Digesto*, los Códigos y las *Novelas*; los hay entre los tra-

tados de las fiebres y de los partos; los hay debajo de los bisturíes y de las lancetas: en los países campestres, donde hasta hoy corren vientos desfavorables para ellos, se ocultan generalmente en los papeles de los notarios, en los consejos municipales, ó bien entre los potes de las boticas.

Cuando se hable despues de aquellos gobiernos que se alaban de no confesarse, siéntanse hasta en los bancos de los ministros y en los sillones no los magistrados, porque dicen que la política no anda nunca tan ligera como cuando no tropiezan sus piés con los obstáculos de la religion.

En los países regidos por el sistema parlamentario hay siempre un rico depósito en el Senado, ó en la Cámara de los diputados, ora se sienten á la derecha, ora ocupen la izquierda, así como se hallan tambien no pocos entre aquellos empleados que tienen necesidad de servir á todos los gobiernos á cualquier costa y bajo cualquier condicion.

Hay tambien, por último, ¿lo debo decir? hasta un buen número del género femenino metido entre los círculos de hierro y los frascos del agua-nafa. Sí; hallareis mujeres ligeras y niñas vanas, que para obtener la sonrisa de un jóven sin seso, ó el aplauso de un melindroso, os hablarán francamente de su indiferencia religiosa, aspirando así á ser creidas tanto más superiores á las otras, cuanto más singulares y atrevidas para insultar á Dios.

Hay, empero, un lugar donde no se hallan indiferentes. ¿Sabeis cuál? No se hallan en el lecho de la muerte ni en la vida futura.